LO FEMENINO EN LA ARQUITECTURA EXCAVADA DEL GEOPARQUE DURANTE EL FRANQUISMO

THE FEMININE ISSUE IN THE EXCAVATED ARCHITECTURE OF THE GEOPARK DURING THE FRANCO REGIME

Maribel Díez Jiménez
Grupo de investigación «Estudios de las mujeres» (HUM603) | maribeldiezjimenez@gmail.com

Recibido: noviembre de 2023 / Aceptado: diciembre de 2023

Resumen

Este artículo pretende analizar los diferentes espacios de las mujeres en el hábitat excavado abordado con perspectiva de género, y en el periodo franquista. Se pretende dibujar el paisaje de los barrios de cuevas a partir del protagonismo usurpado a las mujeres, y no sólo simbólicamente, deconstruyendo un concepto distorsionado, como es el de los espacios ocupados por mujeres y varones, limitando a las primeras al privado y doméstico, a la vez que se le da un papel secundario en la sociedad y la Historia. Las mujeres de las cuevas, más por necesidad que por elección, se han manejado y gestionado en este lugar con los escasos recursos disponibles, y transitado por cañadas y veredas configurando, en su mayoría, una clara comunidad emocional.

Palabras clave

Mujeres | Cuevas | Emociones | Espacios femeninos | Franquismo

Summary

The aim of this article is to analyze the different spaces of women in the excavated habitat from a gender perspective, and during the Franco regime. We intend to draw the scenery of the caves neighborhoods from the protagonist that was taken from women, not only symbolically, deconstructing a distorted concept, such as the spaces taken up by women and men, the first ones being restricted to the private and domestic area, while being given a secondary role in society and History. Women from caves, more because of need than as a choice, have handled themselves in this place, with the scarce resources available and circulated along the cattle routes and paths, configuring, in most cases, a clear emotional community.

Keywords

Women | Caves | Emotions | Feminine spaces | Franco regime

1. PRESENTACIÓN

La escasez de trabajos que abordan la problemática del papel de las mujeres en el entorno cuevero ha hecho que no sea una tarea fácil. Sin embargo, esto lejos de ser una dificultad se ha convertido en una oportunidad para la aproximación[1]. El colectivo analizado se emplaza en un espacio caracterizado por la lejanía de los centros urbanos, de difícil acceso, con una orografía irregular e inestable, y con apenas servicios públicos. Así eran los barrios de hábitat excavado en los municipios del Geoparque de Granada −comarcas de Guadix, Baza y Huéscar−, de gran extensión y poblamiento en las décadas de 1950 y 1960, es decir, en plena dictadura franquista.

Se pretende mirar el espacio cuevero desde lo femenino, consciente de que se parte de una consistencia teórica y práctica masculinizada, incluso deshumanizada, donde el patriarcado, como sistema estructural de poder, lo abarca todo. Los motores que impulsan el acercamiento y conocimiento a esta problemática son el cuestionamiento de ciertos conceptos históricos y económicos en el entorno cuevero, centrado en las dinámicas reales de desplazamiento y ocupación pública de las mujeres por dichos espacios *versus* el modelo imperante de la mujer en lo privado y doméstico, sus estrategias de ocupación cotidiana de la cueva, la estructura arquitectónica, la situación jurídica de su propiedad, o el urbanismo de sus barrios. Se trata pues, de practicar el análisis a través de los sistemas de género, que se van construyendo socialmente y que son cambiantes a lo largo de la historia. Ya a mediados de la década de 1980 Joan W. Scott[2] (Amelang & Nash, 1990) conceptualizaba el género como el conjunto de significados y sistemas simbólicos atribuibles a los sexos y lo elevaba a categoría de análisis histórico.

Debido a la práctica inexistencia bibliográfica y documental al respecto, se ha hecho necesario el acercamiento a esta realidad a través de las fuentes orales y recuperación de las memorias, método que, a pesar de sus dificultades, ha posibilitado la indagación de ese universo que constituyen las emociones y sentimientos relacionando a las personas con los actos, espacios y objetos. Indagar estas problemáticas que trascienden lo físico y forman parte de la cultura inmaterial nos lleva a la memoria vivida y recordada, por la que llegamos a rincones de la historia no recogidos por la historiografía. Estos testimonios vivos no son casos singulares. Al contrario, son mujeres que han construido la cotidianidad en el anonimato. Suponen una gran riqueza patrimonial, una fuente de saber

1. Este artículo es el resultado de un conjunto de trabajos basados en entrevistas en profundidad, algunas de ellas plasmadas en el Congreso internacional de hábitat excavado y paisaje cultural, celebrado en marzo de 2022 en el Geoparque de Granada, concretamente de la mesa de género que coordiné, así como de entrevistas realizadas en 2009 para el libro *Los trabajos de las mujeres accitanas (1900-1975). Enhebrando memorias* (Granada, 2014).

2. Historiadoras y editoras estadounidenses, a principios de la década de 1980 utilizan el género para trabajar sobre la historia de las mujeres, preparando la que supuso una de las contribuciones más importantes a la historiografía feminista: el género como categoría de análisis histórico. A mediados de la década, el artículo de Joan W. Scott se convirtió en un referente para el análisis histórico (Scott, 1986; Scott, 1990).

si tenemos en cuenta la carencia documental de un período y problemática tan compleja. Han sido objeto de imágenes en revistas internacionales de prestigio como *National Geographic* simbolizando lo exótico, raro…, o señaladas por su pobreza, humildad en sus tareas y formas de vida. En este trabajo, se pretende, en cambio, establecer un distanciamiento de los tópicos y acompañar a las mujeres por esos espacios ocupados y también transitados. Es más, en las cuevas, como espacio manipulado políticamente −como la mayoría−, se han justificado fronteras físicas y emocionales, y donde la cuasi ausencia de convivencia con el resto de población ha podido generar determinados comportamientos y configuración de identidades. Recordemos que la memoria no es unívoca y necesita de la contrastación y elaboración de categorías para que se pueda elevar a idea y concepto.

Las casas-cueva, que en las últimas décadas han pasado de ser consideradas infraviviendas a bienes patrimoniales a conservar y visitar[3] son construcciones de bajo coste, con buenas condiciones isotérmicas, con posibilidad de expansión con nuevos habitáculos según las necesidades familiares e integración con el medio. Sin embargo, en el período estudiado, lo primordial era su funcionalidad para el nivel socioeconómico medio-bajo de las familias que habitaban en estos barrios. Veamos también si existió una identificación cultural de la población con la cueva, a pesar de su simbolismo con la marginalidad que interpretaba el resto de la ciudad, y el rol de las mujeres en ella.

2. A MODO DE INTRODUCCIÓN: LAS RELACIONES DE GÉNERO DURANTE EL FRANQUISMO

Al final de la Guerra Civil, España, agotada, entraba en un nuevo periodo de su historia que estaría marcado por la figura omnipresente del dictador Francisco Franco −en sus inicios con grandes influencias fascistas, posteriormente matizadas− que constriñó las libertades de la población española y obligó a esta población de las cuevas a pasar hambre durante treinta años, en especial en este rincón de la Península.

Si bien entre 1955 y 1970 se inicia una de las mayores transformaciones en la historia de España, no fue exactamente así para la vida de las mujeres que hoy hacemos protagonistas. La mayoría intentaba sobrevivir con sueldos de miseria y jornadas de trabajo interminables, o trataba de resistir administrando los escasos salarios de sus esposos. Mientras, la Sección Femenina de Falange, el franquismo y la Iglesia refrendaban el papel doméstico de las españolas con el nacionalcatolicismo:

3. Algunas referencias bibliográficas para el acercamiento histórico a las viviendas cueva del territorio en Asenjo, 1983; Urdiales, 1987; Asenjo, 1990; Bertrand & Sánchez, 2005; González, 2008; Sánchez, 2016; Garrido, 2021. Además de informes técnicos y sociológicos publicados por los ayuntamientos del territorio, Diputación de Granada, universidades o de los ámbitos educativo y social, como AA.VV., 1989; Peralta, 2003.

> "La única misión que tienen asignadas las mujeres en la tarea de la Patria es el Hogar. Por eso, ahora, con la paz, ampliaremos la labor iniciada en nuestras escuelas de formación, para hacerles a los hombres tan agradable la vida de familia que dentro de la casa encuentren todo aquello que antes les faltaba, y así, no tendrán que ir a buscar en la taberna o en el casino los ratos de expansión." (Gallego, 1983: 89)

Antes, durante la Segunda República no se pudieron consolidar las nuevas estructuras y relaciones entre los géneros, ni el papel de las mujeres en la sociedad. Algunas accedieron a estudios superiores, pero sus capacidades y aspiraciones se vieron frustradas con el franquismo. Este es el panorama del que no participaron las mujeres cueveras, salvo desde los márgenes.

El nuevo Estado buscaba consolidar un modelo de mujer sumisa y obediente a las jerarquías "naturales" y para ello, además de la inestimable ayuda de la Iglesia católica tradicional, se potenció la labor de la Sección Femenina en unas líneas de actuación muy concretas. Estas eran, principalmente, educar a buenas amas de casa a partir de los principios falangistas y católicos, hacer mujeres útiles para la familia que era la célula perpetuadora de la sociedad tradicional franquista, difundir el modelo de mujer pasiva política y públicamente, reservada a cuidar el hogar y la familia, cuidadora del orden moral, pero cuyo centro y autoridad era y debía ser el *pater familias*.

A través del concepto de género se puede entender que el modelo de esposa-madre-ama de casa difundido oficialmente como "natural" es una construcción social y cultural que depende de una ideología concreta, sobre lo que se presupone que pertenece al espacio femenino o masculino, únicamente en función de la variable sexo. Este concepto, por tanto, permite a la vez que obliga, a analizar la existencia de una evolución en la vida de las mujeres y en su relación prioritaria con los varones; es decir, lo que denominamos relaciones de género, que además de asignar también papel a los varones, determinan unas relaciones de poder entre los sexos.

Parece que sólo las mujeres han debido "construirse", puesto que los varones eran la norma y medida de la sociedad. Si bien es cierto que existen manuales de comportamiento para jóvenes y esposos, también lo es que esta formación se postulaba en función de la Patria −su defensa, a través de su trabajo físico o intelectual− y la provisión y protección de la familia. En síntesis, el varón tenía una misión fundamentalmente social en el espacio público, mientras que la mujer tenía una función primeramente familiar y de forma secundaria, social. Es incuestionable el interés por limitar y controlar, durante el franquismo, el comportamiento femenino en su actuación en sociedad, y aunque también se ejercían controles sobre los varones, estos no eran comparables.

Es en este contexto que interesa ver la interrelación que se establece entre los espacios público y privado, adscritos en función del sexo a varones y mujeres, respectivamente; y si desde hace unas décadas se cuestiona esta división, en la práctica se mantiene en el imaginario colectivo. Con el franquismo se reforzó el sistema espacial que recluía a las mujeres en la casa y concedía a los varones el

monopolio del resto de los espacios. Estas concesiones son complejas y dependen del momento histórico, del territorio, de la clase social y, por supuesto, de las relaciones de género y sexo. En palabras de Margarita M. Birriel Salcedo "el lugar se convierte en espacio mediante los actores sociales que lo constituyen en su hacer diario […] mediante su acción hace inherentemente dinámico a aquel [lugar], ya que estos [sujetos] le atribuyen diferentes significados en distintas épocas y culturas" (2015: 305). Paradójicamente, durante el franquismo el discurso patriarcal pretendió dar el protagonismo a las mujeres en el espacio privado; sin embargo, lo limitó, consolidando la autoridad del varón con rígidas reglamentaciones.

Cuando reconstruimos nuestro pasado más inmediato, desde una perspectiva feminista focalizando la mirada en el hábitat troglodítico y en el territorio del Geoparque, debemos recurrir, sin más opción, a las fuentes orales. Estas tienen una primera limitación derivada de la autopercepción que cada persona tenemos de nosotras mismas. Ejemplo: "Trabajar, yo no he trabajado"; "Yo ayudaba a mi marido", etcétera. La interiorización del discurso patriarcal ha calado tan hondo que las propias mujeres han acotado o utilizado el concepto "trabajo" exclusivamente para cuando se percibe un salario. Con lo cual, salvo excepciones, ellas se autositúan exclusivamente en el plano o espacio doméstico.

Es necesario no pasar por alto condicionantes que, aunque normativizados han sido claves y limitadores para muchas mujeres. Por ejemplo, cuando el patriarcado concede la máxima importancia social y política al linaje paterno tomando el primer apellido del padre, se está identificando su familia como la principal, y relegando, incluso olvidando el de la madre. Esta situación, que apenas existe desde los últimos siglos, se vivía como algo histórico −desde siempre− e inalterable. También se condiciona cuando se camuflan las acciones laborales y económicas o la autonomía patrimonial de las mujeres bajo el principio de unidad de patrimonio familiar, colocándola bajo la responsabilidad del marido. O cuando muchas mujeres, por falta de recursos, han tenido que vivir en el domicilio de la familia del esposo bajo su dominio y pérdida de libertad, salvo que se instalaran con su familia si tenían más espacio o medios (Díez, 2020: 24).

Si las mujeres no han tenido historia, las del común, las anónimas, la siguen buscando. Es por ello que se hace necesario focalizar en ellas, incorporando la perspectiva de género y modificando el relato histórico androcéntrico. Se trata de subrayar qué espacios ocupaban, entender los masculinos y femeninos y las relaciones entre ambos. Autoras como Rosa Medina Doménech (2017: 414-415) reconocen que, en períodos como el franquista, las mujeres han adoptado unas formas de resistir inscritas en su papel de esposas y madres y, aún hoy, estamos impedidas para percibirlas en su complejidad y sutileza, siendo "bricolajes de experiencia afectivas que quiebran las normas".

En los siguientes epígrafes se describe la ocupación de los espacios privados, semiprivados y públicos, en sus aspectos arquitectónicos, urbanísticos, paisajísticos, jurídicos y socioculturales a través de los canales emocionales de las féminas.

3. ASPECTOS ARQUITECTÓNICOS Y EMOCIONALES: EN LA PRIVACIDAD DE LA CUEVA

Que las cuevas sean construcciones vivas, por sus posibilidades continuas en su crecimiento y modificación estructural mientras exista cerro dónde excavar, imprime un fuerte carácter diferenciador con el resto de lugares habitacionales. Un ejemplo lo vemos en las casas baratas de las ciudades masificadas (Hernández, 2015: 389-434), también para población humilde, de interior encorsetado y sin posibilidad de ampliación. Cada casa-cueva es una construcción singular donde el relieve, la topografía, las capacidades de trabajo y económicas, las formas del maestro "picaor", el gusto, las expectativas…, hacen que cada pareja horade la arcilla de forma específica y diferenciada.

Cada grupo doméstico establece sus formas de ocupar el espacio, de relacionarse, sus jerarquías, y muy especialmente las de género. En términos generales, el nivel socioeconómico de las familias que vivían en cuevas era humilde y no permitía grandes diferencias entre espacios masculinos y femeninos; más bien al contrario, era fácil encontrarlos juntos, aunque dedicados a tareas diferenciadas. Por lo tanto, cuanto más nos alejamos de las viviendas humildes, más claras y fijas son las diferencias entre los espacios de ambos sexos (Díez, 2015: 183-241).

En las cuevas como en todos los hogares, sean constructivamente de la tipología que sean, se llevan a cabo principalmente las actividades de mantenimiento y cuidado de las personas y familias y por ende de la comunidad y sociedad, convirtiendo los espacios domésticos en espacios de reproducción, crecimiento, producción, sociabilidad y recreo, y donde se construye comunidad, en conjunción con otros. Y es precisamente en este espacio donde las mujeres, con más o menos presiones e interrupciones de masculinidades también conformadas por la ideología de género del momento, llevaban a cabo su estilo de vida y el de los suyos. De ellas, cuevas y mujeres del común, interesa cómo vivían, cómo se distribuían en el espacio y de qué objetos se envolvían.

De la mano de Ana María Huertas Huertas iniciamos un recorrido por la que puede ser una casa cueva modelo, donde nació y vivió hasta los quince años. Cuenta que hacia 1925, el cortijo de Lopera lo componían poco más de siete familias campesinas arrendatarias, que al llegar del Marchal, donde vivían y al disponer de poco dinero para hacerse una casa, se buscaron la vida cavando cuevas:

> "Al entrar estaba el portal y en medio la mesa camilla donde se comía, unas sillas y apenas más muebles. A la derecha estaba la cuadra para el mulo. Al fondo, en el dormitorio de mis padres había dos camas, una para ellos y otra para nosotros, pero al nacer más hermanos sacamos al mulo, hicimos un pasillo y otro dormitorio. Entrando, a la izquierda del portal estaba la cocina y en su interior otro cuarto que era la despensa."

El portal es el espacio de entrada, estar y distribuidor de la cueva, a la vez que de encuentro, celebración y trabajo. Sigue describiendo Josefina Martos Huertas que era dónde se recibían a las visitas, se hacían celebraciones, santos o velatorios:

> "El cadáver permanece en el dormitorio, mientras se desmantela el portal para acoger a los vecinos y familiares. Las vecinas aportan sillas, se retiran muebles y se agasaja con anís y roscos [...]. Los hombres permanecen fuera. Para estos imprevistos conviene que las cuevas estén bien encaladas detrás de aparadores, armarios y demás objetos."[4]

Se convierte también el portal en el espacio para laborar la familia, ayudada por el vecindario. Tareas colaborativas secuenciadas en cada casa, creando experiencias, emociones y sentimientos compartidos. Una de ellas es la matanza del cerdo: "Matábamos dos cerdos a la vez […]. Nos ayudábamos con las primas, unos días en una casa, otros en otra y así nos tirábamos un mes haciendo matanzas".

A la izquierda del portal estaba ubicada la cocina y en ella tres elementos concentraban las tres actividades principales para el sustento familiar: las cantareras donde reservar el agua, la chimenea para cocinar, y la despensa para almacenar y conservar todos los productos básicos y utillaje. En ella poco mobiliario más, una alacena, unas sillas y el poyo. Es el espacio productivo y de trabajo por excelencia, en el que se lleva a cabo la transformación e industria de los productos agropecuarios producidos y adquiridos. En las familias campesinas solía constituir un círculo cerrado, autónomo y autárquico.



Lám. 1. Otto Wunderlich. Interior de una cueva de Guadix (ca. 1920). Fuente: Fototeca del Instituto del Patrimonio Cultural de España.

4. Testimonio de Josefina Martos Huertas.

Recordemos que hablamos de un período donde no existía el agua corriente, tampoco en las cuevas. El mantenimiento del hogar exigía su transporte diariamente para múltiples usos y actividades, y eran las mujeres de todas las edades −también algunos varones con la ayuda de animales−, las encargadas de su acarreo manual. Esto las obligaba a salir de casa bien temprano, convirtiéndose en la primera actividad laboral, la más dura y poco valorada en todo el mundo.

En esta primera y fundamental tarea diaria femenina existen singularidades que no se deben obviar, en relación a las viviendas construidas convencionales en zona urbana. La orografía del lugar donde está ubicada la cueva, la distancia y caminos a la fuente, caño, acequia o pozo; y, cómo no, las costumbres de higiene y necesidades que cada mujer tiene para el mantenimiento del hogar, dificultan la tarea. "Cuando se levantaban mis hermanos pequeños, ya había hecho varios viajes a por agua. Después venía mi abuela y me decía: −Vamos Antoñica a encender la lumbre y pones ya la comida", nos explica Antonia Moya Montalbán, vecina de Fonelas.

En cuanto a la recogida y transporte de la leña no hay consenso, aunque la mayoría de testimonios ratifican que lo hacían los hombres de la casa[5], salvo el carbón o el picón, que con el mantenimiento del fuego y cocinado eran tareas exclusivamente femeninas. Es decir, ellas ocupaban y controlaban mayoritariamente este espacio. Es necesario subrayar que, cuando las relatoras describen su participación en los trabajos del campo destacan especialmente los viajes que, tanto ellas o sus madres, realizaban para llevar la comida al padre y/o jornaleros. Sin embargo, obvian una actividad tan imprescindible como es la elaboración previa:

> "Cuando nosotras nos levantábamos mi madre ya tenía la sartén con el desayuno. Levantarse a las 5 de la mañana para hacer las gachas y las migas, o las papas fritas y una olla con café negro, de malta."[6]

> "Antes pa cocinar no había hornilla, na más que con leña. Cocinar en la lumbre, se te iba el día."[7]

Menospreciar por común, reiterativo o desvalorizado el propio trabajo ha sido una constante del colectivo de mujeres de las que descendemos; y esto, consecuentemente, provoca ocultamiento y desconocimiento entre sus contemporáneos y descendientes. El fuego era también testimonio de múltiples tareas en las noches de otoño-invierno, distribuidas según la edad y el sexo:

> "Al anochecer, después de la cena, nos quedábamos un rato junto al fuego o la mesa camilla, algo que hubiera de hacer del colegio, contando alguna historia y acostarse pronto. Mi madre se quedaba haciendo la ropa a mis hermanos, con la

5. Esto contrasta con la situación en otros territorios del planeta en que las mujeres son quienes van diariamente a por leña, como en países subsaharianos.

6. Testimonio de Antonia Moya Montalbán.

7. Testimonio de Purificación Martínez Pérez.

> máquina de coser; y mi padre, a veces, cogía esparto y de noche hacía cuerdas y espuertas para el campo."[8]

Dentro del espacio de la cocina, una parte esencial que complementa a la misma es la despensa y representa un espacio privilegiado del hábitat excavado, frente a la casa convencional del mismo grupo social. Cuando es posible, se ubica cerca de la cocina y junto a ella forman el laboratorio de las mujeres. En la cueva, su temperatura constante junto a la técnica femenina transferida generación tras generación, aseguraba la conservación de los alimentos durante meses:

> "En la despensa guardábamos enseres y alimentos, toda la matanza, los medios sacos de lentejas, garbanzos, trigo, maíz, habas, habichuelas, patatas…, y el tonel de vino de mi padre. También había un 'troje'[9] donde se vaciaba el trigo. La uva colgaba del techo, melones y tomates que se cortaban verdes. Los techos de la cueva se llenaban de chorizos, tomates, pimientos…"[10]

En las cuevas el número de estancias o habitaciones era muy variado, dependiendo de las posibilidades del cerro y de la economía familiar, del número de hijos, animales domésticos y de la actividad económica del matrimonio o pareja. Lo común es que durmieran varios en un dormitorio, incluso el matrimonio con hijos, y se iba ampliando si la familia aumentaba sus miembros, como nos ya nos ha explicado Ana M.ª Huertas Huertas: "A la derecha de la cueva estaba la cuadra para el mulo, pero al nacer más hermanos sacamos al mulo de la cueva, abrimos un pasillo y listo otro dormitorio".



Lám. 2. Mujeres de las cuevas de Guadix haciendo la cama (1957). Fuente: National Geographic.

8. Testimonio de Ana M.ª Huertas Huertas.
9. Espacio limitado por tabiques para frutos y cereales.
10. Testimonio de Ana M.ª Huertas Huertas.

El dormitorio alteraba su función en ocasiones puntuales. Era el primer espacio de llegada a este mundo y el último al abandonarlo. Cuando se convertía en paritorio, era monopolizado por la parturienta, alguna mujer de la familia y la partera o "recogedora de niños", como Ana Fernández Segura, que vivía en una cueva de Lopera y era abuela de dos de nuestras relatoras. A la vez, en términos generales, era un espacio vetado para niños y varones adultos y el ambiente que se vivía era de esperanza y alegría. También se feminizaba al acoger y cuidar a las personas enfermas y a los difuntos, reforzándose con las plañideras y en el que el luto envolvía por dentro y por fuera la atmósfera:

> "La puerta del dormitorio principal que daba al portal estaba abierta y se veían mujeres moviéndose de aquí para allá […] los llantos de las mujeres se mezclaban: la viuda, las hijas, la cuñá, las vecinas […]. Las hijas iban de un lado para otro buscando los papeles de la funeraria, el traje para amortajar al padre y la ropa negra para las demás […]. −Niña ve al almacén y avisa a tu padre, dile que le mande razón a mi hermano Rafael. […] Mi abuela volvió a cambiarse de ropa y ponerse luto oficial; o sea, la nueva de los domingos y fiestas de guardar. […] −Papá, que la abuela quiere morirse en casa […]. Al cabo de unos días la abuela muere en un hospital de Granada. Mi padre me llamó por teléfono me dijo, niña, que vamos para allá. Preparad el cuarto. Empezamos a quitar las mesitas, las alfombras y la silla […] −Mamá, ¡que la abuela quería la mortaja de santa Rita! −¿Y cómo es la mortaja? Empieza la investigación por parte de la nieta […]. Y cruzando la era por última vez, partió la abuela Fefa de este barrio y mundo." (García, 2022: 250)

De estas citas observamos la tipología de "mandaos" que se ordenaban a las niñas, la propia percepción de la niña de los procesos vitales −fue su primer muerto−, las costumbres del luto, la poca ropa que se tenía antaño y distinguiendo la de diario con la única para fiestas, etcétera. Anota Mercedes García Poyatos la diferente experiencia entre lo vivido por ella y sus hermanos varones. No se trata de la diferencia de edad entre ellos −era mínima−, sino del grado de responsabilidad adjudicada por la familia a la hija. Y esto fue y ha sido una constante hasta prácticamente hoy, que se debe combinar, además, con la intensa dispersión en el hábitat troglodítico, provocando constantes idas y venidas por veredas, barrancos y cañadas de las niñas y no tan niñas, "a por mandaos" de diferente índole.

El dormitorio principal era el espacio del amor y desamor, de acogida de lo más íntimo de la pareja, pero también de la manifestación de preocupaciones y emociones encontradas. Como ya en su momento describía Bárbara Rosenwein[11], o más reciente M.ª Elena Díez Jorge (2015: 183-241), las emociones que surgen en estos espacios y alrededor de los acontecimientos no son racionales, son humanas y van construyendo historia con la aparición de unas y desaparición de otras.

Y si me refiero a las emociones vividas y determinadas por espacios no se debe marginar a las provocadas por esos objetos que forman parte de un mo-

11. Medievalista y precursora de la historia de las emociones.

mento vital, o por el contrario constituyen el recuerdo de innumerables generaciones siendo tan comunes como sencillos. Me refiero a las cantareras, barreños, orza, lebrillos, braseros, arcas, candil, orinal, estampas, crucifijos, una manta de la abuela o el botijo del padre… Los vínculos que se establecían con estos, en un período caracterizado por la miseria y la escasez de todo, están hoy fuera de contexto aquí y ahora. Se trata de recuperar la humildad de los pequeños y cotidianos objetos, así como de los olores que nos evocan recuerdos y emociones que forman parte de nuestras biografías, de forma más o menos consciente.

El cuidado de todos estos enseres tan vinculados a la vida y la limpieza de la cueva han permanecido muy marcados y constantes en la memoria colectiva femenina. Tres tareas eran exclusivamente femeninas: el encalado, la limpieza del suelo y el mantenimiento de los colchones. Este último dependía del tamaño y en especial de su composición o relleno −farfolla, borra, lana…−, hasta la llegada de los colchones Flex. Cada mañana, antes de hacer las camas, se debían golpear y girar "era un trabajaero con los colchones"; y una vez al año, aproximadamente, iban a lavar la lana de los colchones a las acequias o a los lavaderos, cuando se construyeron. Los tipos de suelos son reflejo del estatus familiar, detalle interesante que no debemos obviar. Del suelo de tierra al mosaico hidráulico y terrazo, pasando por el cemento y las baldosas de barro. El encalado de las cuevas, a pesar de llevarlo a cabo mayoritariamente las mujeres, es recordado por ambos sexos. Además de higienizar, como con el sulfatado, aportaba luz a la vivienda. Se solía realizar anualmente y, en ocasiones, se aprovechaba para llevar todos los enseres y muebles a la acequia, para remojarlos y lavarlos.

> "La chimenea, concretamente el humero, tenía que estar blanco. Por las noches, cuando mi madre acostaba a los pequeños, recogía la ceniza y con su cubo de cal y la escoba lo blanqueaba. Cada noche lo mismo. Encalar la cueva se solía hacer en primavera, para las fiestas. Durante el año se hacían los bajos, cuando hacía falta."[12]

4. ASPECTOS URBANÍSTICOS, PAISAJÍSTICOS Y EMOCIONALES. ELLAS TRANSITAN ENTRE LOS ESPACIOS SEMIPRIVADOS Y LOS PÚBLICOS

La placeta −espacio de conexión entre lo privado y lo público− era una ampliación o extensión de la cueva, y en ella se llevaban a cabo múltiples actividades. Era frecuente que fuera compartida por varias cuevas, facilitando las relaciones de vecindad con sus pros y sus contras. Estas actividades o tareas que se realizaban en la placeta, fueron forzando construcciones provisionales, o no, anexadas a la fachada de la cueva, lo que hoy conocemos como casa-cueva.

¿Era un espacio femenino, mixto, compartido? ¿Qué ocurría en la placeta? Las féminas cosían, tejían, hacían colchones, se aseaban, cocinaban, hacían jabón,

12. Testimonio de Ana M.ª Huertas Huertas.



Lám. 3. Arturo Cerdá y Rico. Mujer en la puerta de su cueva de la Cañada de los Perales, a finales del siglo XIX. Fuente: Archivo Cerdá y Rico.



Lám. 4. Matrimonio en la placeta de su cueva, ella lavando, él observando. Fuente: Archivo familia Leyva Miranda.



Lám. 5. Mujeres y niñas en la placeta de la cueva tras la cosecha de patatas (1974). Fuente: Archivo Patro Ortiz.



Lám. 6. Maestras Doroteas en la puerta de la cueva-guardería (1974). Fuente: MM. Doroteas.

lavaban y secaban la ropa, conservaban y manufacturaban alimentos, celebraban, reparaban enseres…, y en general realizaban todo aquello que necesitara luz y produjera desechos. Es un espacio donde difícilmente podíamos encontrar a mujeres “mano sobre mano”.

Las mujeres que vivían en casas-cueva compartieron con las de casas construidas las mismas incomodidades por la falta de agua corriente. Sin embargo, la disposición de las primeras de un espacio intermedio −la placeta− les facilitaba muchas tareas. Entre ellas, el baño y aseo −espacio y actividad− que, si bien dependía de los hábitos de cada persona y familia, como hoy, las diferencias por sexo eran significativas, además de estacionales. Cuando el tiempo lo permitía

se hacía en el exterior, y principalmente las criaturas y varones. Se calentaba el agua al sol en barreños de zinc y el aseo era por partes: "Antes la gente no se lavaba tanto como ahora". En invierno, lo mismo, pero se llevaba a cabo en el interior de la cueva y calentando el agua en la chimenea. Las hijas de Encarnación Casas Puerta explican entre risas que ellas, como muchas mujeres en verano, se iban a lavar y bañar a la acequia:

> "Las familias antes tenían muchos niños y lavarlos a todos…, no nos lavábamos y cuando lo hacíamos era por partes. Nos lavábamos cuando íbamos a hacer la comunión, o venía una fiesta muy grande, normalmente sólo hacíamos los pies. Aquí vivíamos como los indios. A pesar de todo, tenemos muy buenos recuerdos de la niñez. Veníamos llenos de mugre y fango pero nos lo pasábamos bien con el barro y los animales."

Lo mismo ocurre con las necesidades fisiológicas, y que no debemos descontextualizar ni juzgar desde el presente. Normalmente se usaba el espacio de los animales hasta que se fueron construyendo en la placeta delantera de las cuevas nuevas pequeñas habitaciones para el aseo, que más tarde, con la llegada del agua corriente y potable se trasladó al interior de las viviendas:

> "El retrete era el corral, donde estaban las gallinas y los animales. Luego hicieron uno fuera de la cueva y después dentro. Los hombres se iban a los cerros y las mujeres lo hacían en la escupidera. Teníamos gallinas, conejos, una pila de palomas…, al principio teníamos huerto, pero luego se echó cemento."[13]

Para el lavado de la ropa se solían desplazar al río, acequias, ramblas, etcétera[14], pero cuando sólo tenían "algunos trapillos pa lavar lo hacíamos en la placeta y allí mismo la tendíamos en las zarzas y pinchos. […] Los niños, como mucho nos ayudaban a subir o bajar la ropa a la acequia o al caño, porque mojada pesa mucho, pero na más".

Es esta una muestra de los recuerdos de la infancia de muchas mujeres, la división sexual del trabajo, discriminatoria para ellas. Un elemento diferenciador entre las mismas cuevas −también entre las viviendas convencionales− lo constituía el disponer de pozo, convirtiendo el espacio privado en comunitario, además de facilitar a sus mujeres todo lo relacionado con el agua, como el lavado de ropa en las pilas anexas al pozo, y su secado:

> "A veces las vecinas venían a mi casa a por agua con sus cántaros o cubos. Había personas que cobraban, pero como yo no pagaba nada del pozo pues tampoco les cobraba."[15]

13. Testimonio de Antonia Vílchez Praena.

14. Los cuatro lavaderos municipales de Guadix no se construyeron hasta finales de la década de 1960 y principios de 1970, lo cual obligó a la mayoría de la población femenina trabajadora a buscar arroyos para lavar la ropa de la familia o de las clientas. Para más información acerca de la relación de las mujeres y el agua, vid. AA. VV, 2022.

15. Testimonio de Antonia Vílchez Praena.

La placeta también era un espacio donde se manipulaban productos agroalimentarios por diferentes miembros de la familia, incluso vecindario: enristrar ajos, pimientos, cebollas, secar tomates, higos, atar uvas o melones…; y, al igual que las cosechas, la alimentación y el cuidado de los animales −desplumar aves, matar conejos…− generan una intensa y continua actividad, que recae mayoritariamente en las mujeres de todas las edades: "Cuando mi padre venía del campo ya le tenía mi madre el pienso echao al mulo, le limpiaba la pesebrera y las gallinas alimentás"[16].

Algunas familias incluso, tuvieron que construir una chimenea en la placeta para cocinar ya que el cerro era muy alto y el tubo de la chimenea que salía por la fachada, revocaba humo dentro de la cueva:

> "Por la noche nos juntábamos todos los primos y a farfollar el maíz, lo extendíamos para que se secara y después lo desgranábamos para los animales, o para el molino. Con su harina se hacían las gachas."[17]

Sin embargo, una de las actividades femeninas más comunes era la costura, con la variabilidad de formatos que en ella se incluye. Es recurrente la imagen de jóvenes sentadas en la calle alrededor de la modista y aprendiendo de esta y otras artes. De nuevo la condición económica de la familia determinará sus quehaceres y trabajos. Coser y remendar la poca ropa que atesora una familia humilde era un trabajo laborioso para las amas de casa, presionadas por la necesidad, pero también por los orgullos, las modas y apariencias sociales, emociones que van fluyendo como motor de sus acciones. Es importante no perder de vista que la costura y resto de actividades son principalmente productivas, que, si bien no generan un salario directo, sí lo hacen indirectamente. Es poco dudoso que la placeta sea un espacio de y para las mujeres. No se excluye al hombre, pero su presencia se diluye ante el continuo trajinar femenino.

La antropología cuevera ha impreso, en el período analizado, carácter y rasgos diferenciadores con el resto de la población de la misma urbe o pueblo. El paisaje donde están emplazadas y la distancia hacia prácticamente todo, condicionaba las relaciones sociales y de poder, así como las experiencias personales de las mujeres como bastión y refugio familiar.

Que la cueva sea una construcción sostenible y bioclimática, circundada de espacios libres de alto valor natural y paisajístico y estar enclavadas en zonas elevadas, y a menudo sin impedimentos visuales, aporta un bienestar emocional −visual, medioambiental…− para sus moradores que supone un importante valor añadido. A pesar de ello, y sin olvidar las décadas que analizamos, me cuestiono si estas compensan las dificultades de accesibilidad a los servicios sanitarios, municipales o comerciales. Si se habla de limitaciones, el caso de las mujeres −niñas y ancianas− quizás son las que más perjuicios y déficits van a sufrir, puesto que sobre ellas recaen las actividades de mantenimiento diarias −con o sin salario− como el

16. Testimonio de Ana M.ª Huertas Huertas.

17. *Ibidem*.

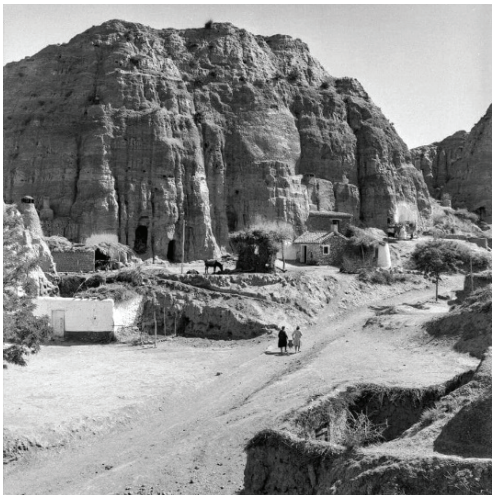


Lám. 7. Vista panorámica desde las cuevas de Bácor-Olivar (2021). Foto: Maribel Díez Jiménez.

transporte del agua, el lavado de la ropa y aquellas consideradas domésticas; pero que se llevan a cabo alejadas del hogar, además de las actividades productivas/laborales y de servicios para las que se deben desplazar a la ciudad o al pueblo, como compras, colegios, médicos, cuidado de familiares, etcétera. En suma, todo un conjunto de servicios, tareas…, obligatorias o de ocio, cuya accesibilidad se torna dificultosa e incluso con cierto grado de peligrosidad si tenemos en cuenta que en estas décadas las cañadas y ramblas no están asfaltadas, la iluminación es apenas testimonial y no llega a todos los rincones. Con el agravante que el principal medio de transporte era el humano y con suerte animal de acarreo, no como ahora donde en casi todas las viviendas se dispone de un vehículo, como mínimo. Vemos pues, que lo ventajoso para unas cosas, es inconveniente para otras.

En cuanto a los problemas de accesibilidad, los arquitectos técnicos Mónica García Moya y Juan Calandria Hernández (García & Calandria, 2022) subrayan que los ocasionados por la pendiente de las calles −el 10 % en muchos tramos−, la gran extensión de algunos barrios y la consecuente dispersión de sus habitantes, y la distancia a la que se ubican los servicios[18], tanto públicos como privados, han colocado y siguen colocando a las mujeres de mayor edad en situación de vulnerabilidad respecto al resto de mujeres de igual edad que habitan en otras

18. La media para acceder a los establecimientos en Purullena es de unos 400 m, lo que significa 800 m ida y vuelta. En Guadix la distancia puede incluso superar el kilómetro.





Láms. 8. y 9. Los desplazamientos en los barrios de cuevas. A la derecha, barranco de Purullena (1955). Foto: Carlos Saura.

zonas del municipio[19]. Se produce una situación de aislamiento ocasionado por la propia naturaleza del espacio urbano, incluso de dependencia. Hablamos de mujeres embarazadas, de mujeres con bebés, con niños pequeños, de niñas que han de hacer recados, ir a por agua o a lavar para la familia, de ancianas que siguen teniendo que sustentar a familias sin recursos y desestructuradas… En definitiva, un transitar y desplazar continuo de mujeres de todas las edades cuyas relaciones vecinales no carecen de obstáculos.

Al hilo del complejo urbanismo, una concisa y visual descripción de los principales elementos diferenciadores físicos de un barrio de cuevas, es aportada por los mismos autores:

> "Las cuevas se excavan en torno a unas cañadas jerarquizadas, en forma de árbol (cañadas principales y secundarias que derivan en las principales) que desembocan en la ciudad. Las veredas son los caminos que vertebran las cañadas con cada cueva. Trazados anárquicos y tortuosos y en ocasiones con pendientes muy pronunciadas. Las veredas conectan espacios donde no se podía acceder de otra forma que no fuera andando o en animal de acarreo. Tanto los caminos como los propios cerros pueden resultar de difícil mantenimiento y conservación. Las aguas pluviales ¿discurren igual en zonas arcillosas y excavadas que en viviendas de cemento y asfaltadas? Las primeras se vierten por la 'regaera' en escorrentía a la placeta y de aquí a la vía pública." (García & Calandria, 2022)

19. Vendría a ser como cuando una persona con silla de ruedas vive en un séptimo piso sin ascensor.

Siguiendo con las aguas pluviales, los fenómenos meteorológicos, por ejemplo, y en especial las tormentas, podían conllevar graves problemas en la estructura habitacional con goteras y derrumbes, hecho que sigue ocurriendo actualmente. Mercedes García Poyatos (2022: 146-147) describe acerca de las goteras un día de tormenta, que podría ser cualquier día y en cualquier cueva. ¿Cómo lo perciben y viven los géneros? ¿Hay diferencias al afrontarlo unos y otras? Este simple hecho tan poco excepcional en este hábitat provoca reacciones muy diferenciadas en función del género, la edad y cómo no, el carácter de la persona. Para unos hermanos supuso una anécdota, para ella −la única niña y la mayor de los hermanos− un gran susto y preocupación hasta que se resolvió; es más, significó una alerta en posteriores cambios bruscos de la meteorología[20].

El cómo se interiorizan y resuelven las situaciones imprevistas tiene que ver directamente con el grado de responsabilidad que cada cual asume, con lo aprendido de los progenitores y, aquí se debe subrayar por lo relevante en unas generaciones, por las abuelas. Estas han sido −en familias de todos los hábitats− las principales educadoras, además de sustentadoras de las y los pequeños de la familia; mientras el resto estaba obligado a salir diariamente, y por largos períodos, a trabajar. Hablamos de nuevo, de la construcción de las emociones como hábitos aprendidos en grupo y en los que los espacios donde la vida transcurre son determinantes. La casa-cueva es un espacio donde se desarrollan nuestras vidas afectivas, construyéndose nuestras identidades que pasan en mayor medida de lo que parece, por toda esa cultura material que nos rodea (Broncano, 2020).

5. ASPECTOS JURÍDICOS, SOCIOCULTURALES Y EMOCIONALES. CUANDO LO PÚBLICO TRASCIENDE EL ESPACIO

Al preguntarnos por la titularidad de las cuevas y los rasgos de género de la misma, la respuesta es compleja, además de apenas estudiada y debemos recurrir a personas expertas en la materia. Así lo reconoce María José González Alcalá, asesora jurídica de urbanismo en el Ayuntamiento de Guadix:

> "Lo anárquico de su esencia [de las cuevas] lo determina la imposibilidad de delimitar los límites internos y externos, precisar los límites de la propiedad y titularidad del terreno en el que se excava la cueva, ni siquiera acudiendo a la parcelación catastral, porque el dilema no se encuentra en grafiar la cueva, sino en determinar los límites de la propiedad de la misma." (González, 2020)

Si bien no disponemos de estudios de la propiedad de cuevas entre las décadas de 1940 y 1960, me permito una concesión aportada por González Alcalá (2022), quien estudia la propiedad de las cuevas en la actualidad y en un barrio de Guadix, encontrándose el mayor número de titularidad en régimen de copropiedad. Pero al referirse a la titularidad única, en general, la mayoría de los titula-

20. Un vecino que ha nacido y sigue viviendo en cueva, José García, explica que la longitud de las raíces de un tomillo, por ejemplo, en lo alto de un cerro pueden provocar una gotera en la cueva.

res son varones[21]. Por otro lado, la autora ofrece el interesante camino recorrido en la transformación de una cueva calificada de infravivienda e inexistente para el mundo jurídico, en una construcción legal, visible jurídicamente y objeto de derechos protegidos y protegibles frente a terceros. De ella también extraemos una nota emocional con su testimonio:

> "El Barrio de las cuevas significaba para mí el territorio propio de gente desfavorecida o marginada socialmente, el propio donde vive mayoritariamente la etnia gitana, territorio no recomendable de visitar por las actividades poco recomendables que se desarrollaban por allí, agujeros en el cerro, eso eran las cuevas para mí. ¡Qué equivocada estaba! Porque por fin hemos entendido y aprendido que las cuevas son nuestro signo de identidad, el valor caracterizador de Guadix y el principal motor de desarrollo local." (González, 2022)

Esta evolución en la percepción es compartida por otras personas que también se han dado la oportunidad de acercarse y conocer los barrios de cuevas. Sin embargo, aún hoy se mantienen prejuicios y estereotipos fruto del desconocimiento y de una imagen heredada.



Láms. 10 y 11. Ana María Huertas Huertas plasma su memoria en la recreación de un barrio de cuevas de Lopera con los oficios de antaño (2021). Foto: Maribel Díez Jiménez.

Si nos acercamos a los posibles rasgos diferenciadores entre las mujeres accitanas que habitaban en cuevas y las que lo hacían en viviendas convencionales, probablemente las principales características son la ubicación-entorno, así como las condiciones de habitabilidad. Las primeras se encuentran en barrios alejados del centro urbano, excepto las de la Solana de Santiago y San Marcos. Y si hablamos de las cuevas en pequeños pueblos, también acostumbran a estar en las periferias. Esto tiene unas consecuencias lógicas, ya nombradas, como las dificultades físicas y temporales para la accesibilidad a los servicios y establecimientos públicos o privados, pero en especial, al lugar de trabajo de un número importante de mujeres y jóvenes.

21. Esto contrasta con la titularidad de las empresas agrícolas y ganaderas andaluzas donde la mayoría son de titularidad única masculina, a pesar de las campañas para potenciar la copropiedad.

Un porcentaje elevado de ellas laboraban como domésticas, limpiadoras, lavanderas o aguadoras con las familias liberales, comerciantes, pequeño-burguesas o en casas de la clerecía, por ejemplo, adineradas en mayor o menor medida, distanciadas del centro urbano y en condición de internas o externas. Las duras condiciones físicas y morfológicas del trayecto, especialmente en los duros meses de invierno o verano, y el mayor tiempo dedicado por las largas distancias, convertían estos desplazamientos en penosas experiencias de subsistencia[22]. Es más, testimonios de mujeres mayores han manifestado que siempre que podían ocultaban su procedencia. La estigmatización por vivir en cuevas estaba prácticamente asegurada hasta la década de 1970. Ellas, las madres y abuelas, recuerdan lo doloroso que resultaba percibir en sus hijos e hijas la discriminación social, incluso marginación y las emociones derivadas de las mismas. Sin embargo, ser trabajadoras de las familias burguesas y de clases medias del núcleo urbano también significaba tener otros modelos de referencia, incluso ciertas ventajas −heredaban sus ropas, aprendían hábitos diferenciadores como leer novelas, conocían a personas de otras clases sociales…−, que a veces podían compensar las penurias y precariedad laboral como la inexistencia de contrato laboral, seguridad social o estabilidad laboral.



Lám. 12. Mujeres de las cuevas desplazándose al trabajo.
Fuente: Kurt Hielscher, La España desconocida (1921*).*

Continuando con la ocupación de espacios públicos y el transitar de las mujeres que vivieron en cuevas de estas comarcas, el mundo de las jornaleras agrarias es suficientemente amplio como para marginarlo, a pesar de la falta de per-

22. Aún hoy, en los barrios de cuevas se sufre de ciertas discriminaciones en infraestructuras como la conexión a internet.



Lám. 13. Aguadoras de Purullena ante una cueva con pozo. Fuente: Archivo particular.

cepción colectiva. Es una realidad que ni la historia agraria, ni la económica han tenido como objeto de estudio a las mujeres españolas del campo, sin embargo, "el medio rural contemporáneo no se explica sin ellas" (Ortega & Cabana, 2021). Las jornaleras, en el período que observamos, fueron mano de obra imprescindible. El campo formó parte de su juventud, incluso infancia. Recuerdan algunas pasarse los meses del verano, de cortijo en cortijo junto a su familia sin más techo que las estrellas, desplazarse a haciendas de los alrededores, pero también a Almería, Murcia, Cataluña o Francia como temporeras. La pluriactividad laboral y precaria es de lo más concluyente, si bien la comparten con el resto de mujeres de su clase social, vivieran donde viviesen.

Merecen señalarse algunos ejemplos breves que nos ayuden a visibilizar su vida cotidiana más allá de la cueva. María Dolores Moya Montalbán de Fonelas, siempre ha vivido en cueva y se iba a trabajar a Francia en la vendimia con el marido durante un mes y medio. Cuando fueron llegando los hijos primero los dejaban con la abuela y en ocasiones se los llevaban. Al volver de Francia se ponían con el tabaco y la remolacha, el maíz, aceitunas, entresacar y coger melocotones…, cogiendo de todo lo que había en el campo. Su hermana Antonia trabajó



Láms. 14, 15 y 16. Mientras los varones cogían esparto −imagen de la izquierda, camino del cortijo Becerra−, las mujeres y niñas recolectaban alcaparras −imagen de la derecha, Los Coloraos−, y a menudo se complementaban en la era –imagen del centro− (2022).
Fotos: Archivo particular / Maribel Díez Jiménez.

en los invernaderos de Almería ganando jornales y cuando se casó se quedó a vivir trabajando en los invernaderos y su marido en la obra. Cuando llegaron los hijos se quedaban con las abuelas, casi siete meses, y ella y su marido en Almería. Las mujeres que criaban no tenían más remedio que llevarse a los bebés al campo: "A mi marido mi suegra se lo llevaba en una espuerta de esparto bien machacado, y le ponía una manta por lo alto, y olivo que iban pasando, espuerta por delante". También Encarnación Casas y sus hijas vivían en cueva, concretamente en el barrio del Colmenar de Guadix. Han estado trabajando en el campo, principalmente en los Baños de Alicún durante nueve años. Segaban de todo: cebada, garbanzos, lentejas, remolacha o los nabos para las vacas: "Cuando mi padre era encargado y nosotras trabajábamos para él no cobrábamos nada, sin embargo, cuando lo hacíamos para extraños, teníamos nuestro jornal".

La diversidad de los espacios urbanos en los hábitats troglodíticos es el resultado de la ocupación por varones y mujeres, de la propia naturaleza, haciendo del terreno el elemento arquitectónico que constituye la vivienda. Estas construcciones subterráneas pueden estar aisladas, agrupadas, superpuestas o coexistiendo con edificaciones comunes (García & Calandria, 2022). Un ejemplo de esta diversidad lo encontramos en el núcleo de poblamiento Aljibe Quebrado, término municipal de Guadix, llamado así por ser la estructura arquitectónica que dominaba en el mismo y cuyas viviendas son cuevas, aún hoy sin luz ni agua corriente. Aquí vivió Antonia Yeste Triviño. hasta su juventud, entre aljibes, piqueras y chimeneas que constituyen el paisaje humano singular de un hábitat plenamente cuevero. La mano de la mujer se hace presente en todos los rincones, también en el trabajo agrícola. En la fachada de la casa-cueva de Antonia se ubicaba de todo: una excavación para el almacenamiento del agua −aljibe−, otra para el palomar, otra para el gasoil de los tractores y otra de mayor tamaño para guardar el tractor y utensilios del campo, además de la vivienda. Muchos de estos usos en los hábitats excavados quedaban camuflados.




Láms. 17 y 18. Antonia Yeste Triviño en Aljibe Quebrado, donde vivió y trabajó la primera etapa de su vida. A la derecha, imagen parcial de Aljibe Quebrado (2022). Fotos: Maribel Díez Jiménez.

De nuevo en espacios urbanos, los dedicados al comercio en los barrios de cuevas eran escasos por no decir casi inexistentes, al igual que los productos que en ellos se vendían. Aunque gracias a las propietarias de estos establecimientos, las penurias se hicieron más llevaderas. En algún rincón se podía encontrar una sencilla infraestructura dedicada al pequeño comercio donde alguna mujer se manejaba y obtenía sus rentas. Siempre ha habido mujeres quienes a pesar de los escasos niveles de alfabetización-escolarización han sabido defenderse. Por ejemplo, Encarnación Moraleda Membrilla tendera de las cuevas (Lám. 19), vendía comestibles, carbón, calcetines, agujas, cajas de mariposas para alumbrarse de noche o iluminar a los santos, el algodón para las "torcías" de los candiles... en la placeta de los Baca. Su marido subía el género para vender desde la plaza de abastos, y aunque ella no sabía escribir, lo leía todo. Nos cuenta su hija:

> "Vendía fiado y en unos papelitos se apuntaba la deuda, uno para ella y otro se lo llevaba la persona que compraba. Tenía su propio sistema de cuentas: un duro lo representaba con una cruz, una peseta con un círculo, las gordas con palitos…" (Díez & Rey, 2014: 235-237)



Lám. 19. Encarnación Moraleda Membrilla en su tienda-cueva de Guadix. Foto: Consuelo Tapia Moraleda.

La otra cara de la moneda, del ámbito comercial, nos la aporta Antonia Vílchez Praena, quien nos transmite la inquietud y nervios que sentía cada vez que tenía que bajar a Guadix dejando solo a alguno de los diez hijos que tuvo. Nació en una cueva de Purullena, entró a trabajar en el servicio doméstico con la familia de un médico de Guadix hasta que se casó, viviendo los primeros años de alquiler en la cañada de la Higuera. Y después, como su marido −que era de ciudad− quería vivir en cueva, se trasladaron a una del barrio de la Ermita Nueva:

> "A mí me gustaba más vivir allí abajo, más cerca del centro, porque había otro ambiente, pero luego me acostumbré a esto y me gusta estar aquí. Lo que más me costaba aquí era que me cogía todo muy lejos. Todos los días tenía que bajar para abajo, porque al mediodía él [marido] no podía venir a comer y yo le tenía que bajar la comida. Otros días le tenía que llevar también el desayuno, porque mi marido era muy cómodo. ¡Y yo, to correr, to correr, que con tantos hijos y también a los suegros después, siempre ha habío muchas cosas que hacer! Cuando tenía que ir a comprar, al más chico −porque siempre tenía uno chico−, a veces se lo dejaba a las vecinas, otras lo dejaba encerrao, acostao en la cuna, y me iba corriendo, hacia el mandao y volvía corriendo, rabiando y preocupada. En este barrio, había una tienda, pero no había de todo y para el pescao y otras cosas tenía que bajar a la plaza o a las tiendas. Me cogía todo muy mal y yo sola. No tenía a nadie."[23]

Las expresiones "bajar al pueblo", "bajar a Guadix"…, no son exclusivas de las personas que vivían en las cuevas. Sin embargo, en ellas tiene una mayor resonancia y significación por la magnitud de la distancia y dificultad de los trayectos.

Las jóvenes del hábitat troglodítico del Geoparque significaron estas décadas, la periferia de la periferia, en muchos aspectos, pero también en el ámbito laboral reglamentado. No nos detenemos en ellos. Apenas una referencia a varios proyectos laborales por lo que representaron a nivel social, económico y personal. Ellas fueron el objetivo de Cáritas y algunos patronatos diocesanos y demás promotores, como socorro a sus familias pobres que tuvieron lugar en las dos agrociudades del norte de Granada. El taller de confección industrial de la Cooperativa Industrial del Ángel (Mateos, 2022) creada por mujeres de todo el municipio de Baza, en especial de las cuevas; y en Guadix, La Espartera (Díez & Rey, 2014: 215-219) fundada por el Patronato del Sagrado Corazón para transformar el esparto y otras fibras naturales, que en su mejor momento llegó a ocupar a más de trescientas jóvenes y también varones; así como la Cooperativa Industrial La Esperanza (C.I.L.E.) (Díez & Rey, 2014: 124-130) ubicada los primeros años en una cueva con nave y que funcionó hasta los años 1980. Todos ellos con la finalidad principal de combatir el tremendo problema del paro de la época.

La precocidad en el trabajo doméstico y en el cuidado de los hermanos y hermanas pequeñas ha sido una de las principales características de la niñez femenina de estas generaciones. Una de sus mayores frustraciones ha sido la escasa o nula escolarización, y por ello, su principal ambición era que sus hijas e hijos estudiaran.

23. Testimonio de Antonia Vílchez Praena

> "Si tu madre tenía que irse a trabajar, tú te quedabas sin escuela, ¡pero tu hermano no!"[24]

> "A mí me pusieron a servir que no tenía los 10 años, en una casa de campo, donde vivía la madre y seis hijos solteros."[25]

> "Limpiar casas y servir toda mi vida, llevando esas casas grandes que había en Guadix y luego además llevaba otras dos casas, la de mi madre y la mía. Lo único que he hecho es servir toda mi vida."[26]

Estas expresiones y similares han sido constantes en las relatoras y si bien no suponen una situación exclusiva de los barrios de cuevas, es necesario su recuerdo puesto que ha marcado a muchas generaciones de mujeres, especialmente aquellas procedentes de hogares humildes, que conformaron un elevado porcentaje de la población del hábitat excavado. Digamos que adoptaron los roles maternos cuando sus madres no alcanzaban o cuando las rentas que debían aportar los padres no eran suficientes.



Lám. 20. Ana M.ª Huertas orgullosa junto a su diploma escolar, colgado aún en la cueva donde nació (2021). Foto: Maribel Díez Jiménez.



Lám. 21. Madre, desde la privacidad del portal, e hija, en el espacio semipúblico que significaba la placeta sin cerrar. Cañada de Ojeda, Guadix (1956). Foto: Antonio Ortiz Leyva.

24. Testimonio de M.ª Dolores Moya Montalbán.

25. *Ibidem.*

26.Testimonio de Encarnación Casas Puerta.

En síntesis, ignoramos si tenían o no conciencia de clase, pero las cuevas sí han impreso carácter a sus habitantes y se percibe entre ellas −mujeres de las cuevas en el franquismo−; un sentimiento participado con sus iguales por las condiciones de habitabilidad, de lejanía y de escasez, y todo bajo una enraizada estructura patriarcal que se traduce en un sentimiento de pertenencia a una misma comunidad emocional. Una de las principales preocupaciones manifestadas era el futuro y honorabilidad de sus hijos e hijas:

> "Que mis hijos no se extravíen y nadie tenga nada que decir de ellos."
>
> "Que mis hijos no manchen el apellido de la familia."
>
> "Que no se diga mal de mis hijos, eso es lo que más me preocupa."

Sienten satisfacción de que a pesar de la dureza en términos económicos y de condiciones de vida, también por las distancias y dificultad en los accesos al barrio y cueva, sus hijas y sus hijos han sido felices, han estudiado y "echao palante como el resto". Tenían claras sus diferencias frente a las familias de los barrios céntricos y de hábitat convencional, a pesar de ello, no mermaba su coraje, al contrario, reforzaba sus estrategias de resistencia.

Sin negar la mayor, de que el servicio doméstico de las ciudades se nutría de mano de obra femenina llegada de las zonas rurales, no se debe marginar el hecho del desplazamiento de estas jóvenes por el propio territorio, dentro y entre las agrociudades, antes de ir a las grandes urbes.

6. CREANDO IMÁGENES DE MUJER…

Partiendo o, mejor dicho, teniendo en cuenta las imágenes presentadas a lo largo de este trabajo, vamos a analizar varias para observar de qué manera se construyen o refuerzan estereotipos claves en la identificación de comunidades y géneros. Por lo tanto, ahora se centra la mirada precisamente en la otra cara de la moneda, es decir, en el grupo social-intelectual-político que va instituyendo y legitimando los arquetipos.

De forma genérica, los discursos de la sociedad franquista fueron delimitando y reforzando los modelos de comportamiento, considerando lo adecuado o no para las mujeres. Y si lo hicieron con los varones, fue en menor medida y con más sutileza, pues, al fin y al cabo, era el modelo y referente de todo. Las revistas femeninas, por ejemplo, de las décadas de 1950, 1960 o principios de 1970 marcaron las condiciones de vida de las mujeres de clase media y sus aspiraciones. Y años más tarde, llegaron a las españolas de clases menos acomodadas y trabajadoras. Así pues, estas publicaciones ayudaron a que las mujeres internalizaran su papel y se reforzara la ideología dominante, puesto que esta prensa femenina representaba, según la autora María del Carmen Muñoz Ruiz (2002), el punto de encuentro entre género y vida privada, ya que era el ámbito doméstico el más tratado.

Al existir en España la censura de prensa, estas empresas no pueden oponerse al discurso dominante, por ejemplo, de las funciones de las mujeres en la sociedad. Sin embargo, en cierta manera posibilitaban determinadas actitudes:

> "Frente a los discursos más normativizados de la Iglesia o de Sección Femenina, las revistas femeninas otorgaban mayor protagonismo a las mujeres, sus lectoras. Por otra parte, no son tan rígidas en la presentación de modelos de comportamiento, aunque, por eso mismo, pueden calar más profundamente en las mentes de las lectoras. Porque las normas de comportamiento se presentan como consejos para una vida más feliz, no como imposiciones." (Muñoz, 2002: 5)

De alguna manera, quienes no se acomodaban a los modelos se marginaban. Pero esto es válido para la población que consume este tipo de prensa y para la que crea estereotipos *versus* la población diferente, los otros. No para el vecindario objeto de este trabajo.

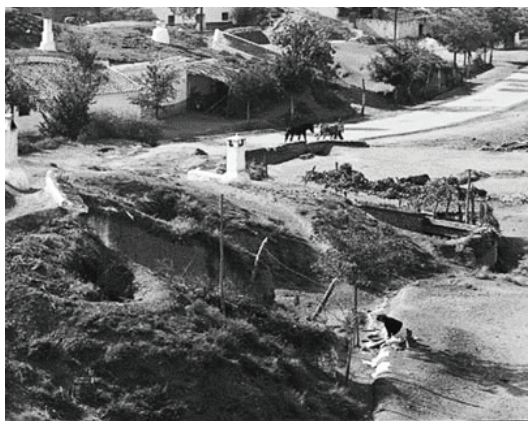


Lám. 22. Reportaje en las cuevas de la tierra de Guadix para la edición francesa de la revista Elle *(1957). Fuente: Archivo particular.*

Centrándonos en esta imagen (Lám. 22) lo primero que llama la atención es el contraste de las dos mujeres. La revista *Elle* no deja indiferente a la persona espectadora, más bien al contrario, es provocativa por la excesiva oposición entre los dos modelos que representan: el de ama de casa joven, moderna y que mira segura y de frente a la cámara; y el de la trabajadora, anciana y anticuada, que simplemente pasa por allí. La segunda en su entorno, la primera llevada allí para destacar. En esas décadas, tras la incipiente apertura del franquismo a la economía capitalista y europea de manos de los tecnócratas del régimen, se diseña precisamente la modernización económica de España, pero manteniendo

intocable el sistema político dictatorial. El modelo ideal que se quiere transmitir es reforzado por la idea tradicional de ama de casa. Está claro que esta imagen no ataca o mina el modelo de mujer-esposa-ama de casa, sino que enaltece la imagen de modernidad-actualidad-renovación-vanguardia frente a la de antigüedad-tradicional-trasnochado-arcaico o troglodita. Se mantienen los roles en función del sexo, pero con una imagen supuestamente evolucionada. Adaptar el modelo patriarcal para que se mantenga el modelo de mujer española que debe vivir en función de los varones de su familia, especialmente de su esposo y de sus hijos.

Son numerosas las imágenes recogidas por fotógrafos o pintores donde las mujeres de las cuevas se presentan totalmente integradas en el paisaje y su entorno. Mujeres, en su mayoría, haciendo lo que su rol dispone. Es interesante percatarse cómo este grupo social determinado por la geografía urbana ha sido tan cautivador para artistas y creadores publicitarios. Es evidente que lo diferente atrae, aunque también repele dependiendo de las características sociológicas que lo definan. Lo diferente fascina al visitante, sin embargo, produce rechazo o indiferencia al propio y especialmente al cercano. Dicho de otra manera, la forma de vida del vecindario cuevero causaba atracción e interés en personas extrañas y con motivación antropológica o artística, aunque el vecindario circundante ignorase deliberadamente o incluso negara su existencia.



Lám. 23. Mujer secando la ropa en Purullena (1963). Foto: Juan Miguel Pando Barrero.



Lám. 24. Calle en las cuevas de Guadix. Fuente: Itinerario Spagnuolo (1962).

No obstante, cuando aceptamos que lo doméstico está exclusivamente en lo privado y que aquí se sitúa la principal ocupación femenina, el imaginario colectivo lo reduce a unas tareas −tendiendo ropa o yendo a la compra como muestran las imágenes−, mientras que obvia otras igual de trascendentes para la familia y comunidad. Nos estamos olvidando, no sólo de aquellos actos que se llevan a cabo en el tránsito de lo privado a lo público, también de su actuación en el espacio público. Son escasas, incluso anecdóticas las imágenes de mujeres trabajando de parteras, nodrizas, saludadoras o curanderas, cocineras, taberneras, cuidadoras, limpiadoras, encaladoras, matanceras, jornaleras del campo, etcétera. El rol de ama de casa en una familia humilde y en una vivienda con

particularidades acentuadas y considerada infravivienda implicaba unas tareas y condiciones de vida, no sólo diferenciadas, también marginales. Su papel en el sostenimiento económico, social y emocional de la familia, requería de un sobreesfuerzo a menudo inexplorado.

Tras ver un ejemplo de cómo los medios reproducen y mantienen los roles de género, traemos otro desde la sencillez de lo privado para subrayar el refuerzo desde todos los ángulos de esta circunstancia. Virtudes Peláez Moya vivió en una cueva de la cortijada Aljibe Quebrado y actualmente se ha convertido en su segunda residencia, pues de joven emigró a Mallorca. Tras finalizar la entrevista con Virtudes y mostrarnos orgullosa la restauración que pocos años atrás llevó a cabo en su cueva −por cierto, de gran tamaño y muy bien distribuida y acondicionada− salimos al exterior y vimos la placa que aparece en la fotografía (Lám. 25). Lo sorprendente es que en realidad fue ella quien promovió y dirigió las obras y quién encargó la placa con el nombre del arquitecto, su sobrino, que fue el que cumplía órdenes de su tía. Por lo tanto, la frase "las mujeres participamos en la eliminación de nuestras huellas"[27] pone de manifiesto que independientemente de la marginación y ocultación en la historiografía del protagonismo de las mujeres, una parte de la responsabilidad recae en nosotras mismas. Del mismo modo, una foto que tenía expuesta en el salón (Lám. 26), con todos los varones del pueblo −niños incluidos− realizada con motivo de unas fiestas patronales, Virtudes nos confirmó que no se hizo la correspondiente a las mujeres. Podemos preguntarnos cuál fue el motivo de que hoy no tengamos ese testimonio gráfico.





Láms. 25 y 26. Placa dedicada al maestro que restauró la cueva de Virtudes Peláez Moya (izqda.), y foto de los varones de Aljibe Quebrado en sus fiestas patronales (dcha.).
Fuente: Archivo Virtudes Peláez Moya.

En síntesis, teniendo en cuenta la escasez de material documental registrado y de otras fuentes para el acercamiento a este universo, las imágenes van a tener un fuerte impacto en la construcción de identidades y desigualdades de género.

27. Declaración de la directora del Archivo General Territorial de Lugo, durante la XV Jornada Técnica de Archivos de la Provincia, bajo el título *Metodología archivística y el género* (Granada, 12 de diciembre de 2023).

7. A MODO DE REFLEXIÓN FINAL

Los relatos de las mujeres que habitan o han habitado en barrios de cuevas durante el franquismo conforman una comunidad emocional derivada de las condiciones físicas, paisajísticas y socioeconómicas compartidas. Todo ello confluye en un modo de vida diferenciado entre la población de la misma clase social, pero de barrios con viviendas convencionales y más cercanos al núcleo urbano.

El binomio público-privado, es un concepto, no sólo frágil sino también insostenible cuando hablamos en términos de población femenina de clases sociales humildes y trabajadoras, y más aún en el hábitat referido. Son espacios relacionados y en los que se interactúa constantemente, a pesar de que el discurso histórico tradicional y androcéntrico lo haya invisibilizado, desconsiderando también la relevancia de la esfera privada como espacio donde se dan las vivencias cotidianas, los procesos de socialización e internalización de costumbres, valores y creencias, y cómo no, la asignación cultural de los roles sexuales. Las manifestaciones que han ido señalándose sobre la división sexual en los trabajos como en los procesos de aprendizaje o en la ocupación de los espacios, no son exclusivas en las familias que habitan en cuevas, pero se agudizan por esos espacios compartidos semiprivados donde la convivencia comunitaria y de los sexos se hace más patente. El hermetismo teórico es cuestionado frente al tránsito y la realidad cotidiana transmitida por ellas.

El trabajo extradoméstico femenino de las mujeres del hábitat cuevero obligaba a hijas y abuelas a asumir las responsabilidades y tareas del hogar. Por ello, aun sin disponer de datos cuantitativos, deducimos que el porcentaje de analfabetismo y ausencia de escolarización es superior al de otros espacios o barrios del mismo municipio. La precocidad de las niñas en su acceso al trabajo era una consecuencia de las condiciones socioeconómicas familiares. La mayor escolarización de niños que de niñas ha quedado marcada en la memoria etnográfica de las narradoras.

Las mujeres de las cuevas han representado una importante mano de obra para las familias pequeño-burguesas, liberales, comerciantes, incluso campesinas en períodos estacionales, de las agrociudades que conforman el Geoparque.

Se constata el relevante papel de estas mujeres en la economía familiar y en el mercado laboral del territorio, a pesar de la falta de contratación y registros documentales.

La importancia de los testimonios gráficos, no es sólo por la escasez de los registros documentales, sino también por la expresividad, representatividad, incluso plasticidad de lo plasmado, quedando de manifiesto que son un apreciado recurso cuando hablamos de patrimonio etnológico, al igual que si nos referimos a la cultura material de estos grupos de población.

Los espacios que han constituido nuestro hogar generan en cada persona un acervo de recuerdos muy diferenciados según el sexo, momento y género. En las casas-cueva, se han desarrollado unas características particulares y no compar-

tidas por el grueso de las mujeres de la misma clase social como el aislamiento, accesibilidad y formas de vida dentro y fuera de la cueva. Pero también y principalmente la amplitud espacial, visual y convivencial, el confort climático y acústico, sin olvidar la integración con la arcilla y el paisaje.

Estudiar y acercarse al patrimonio significa hacerlo desde todos los ángulos para que nos transporten, en lo posible, a ese lugar y momento histórico, significando el mundo de los sentimientos y las emociones −invariable a lo largo de los siglos− que funcionan de salvoconducto para su mejor comprensión, y teniendo como tienen esa doble característica de ser patrimonio vivo y habitado…, por tanto, modulan y son modulados.

Habitar en cuevas, ubicadas en cañadas o en lo alto de cerros, alejadas de las zonas urbanas y durante unos años caracterizados por la escasez, ha condicionado las experiencias femeninas y masculinas, de la infancia y la madurez. Aunque no se puede negar que la huella en ellas, ha sido profunda y a menudo dolorosa por las condiciones de vida, no tanto del habitar en cueva, que también, como de la lejanía a todo y el estado de los caminos, cañadas y veredas, y por qué no, del estigma impreso por el resto de la sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

AA.VV. (1989) *Las cuevas de Guadix. Así piensa la gente de las Cuevas.* Guadix: Ayuntamiento.

AA.VV. (2022) *Soleando en el río de la vida. Testimonio de las mujeres del Geoparque de Granada.* Granada: Matria. Asociación de mujeres por una cultura también en femenino.

Arbaiza, M. (2021) “El malestar de las mujeres en España (1956-1968)”, *Arenal. Revista de historia de las mujeres*, 28(2), pp. 415-445.

Asenjo Sedano, C. (1983) *Las cuevas de Guadix.* Granada: Caja General de Ahorros y Monte de Piedad.

Asenjo Sedano, C. (1990) *Las cuevas. Un insólito hábitat de Andalucía oriental.* Brenes: Muñoz Moya y Contraveta.

Bertrand, M. & Sánchez Viciana, J. R. (2005) *Valoración histórica y patrimonial de las cuevas del Cerro Montual de Marchal. Notas para la elaboración de un Proyecto de Puesta en Valor y adecuación para visita turística.* Disponible en: file:///C:/Users/usuario/Desktop/Congreso%20Cuevas/MARCHAL%20Valoracion%20Historica.pdf

Birriel Salcedo, M. M.ª (2015) “Género y espacio doméstico: la casa rural en el siglo XVIII”, en M.ª E. Díez Jorge (ed.) *Arquitectura y mujeres en la Historia.* Madrid: Síntesis.

Broncano Rodríguez, F. (2020) *Espacios de intimidad y cultura material.* Madrid: Cátedra.

Díez Jiménez, M.ª I. (2020) *Mujeres y economía en la Edad Moderna: las tierras de Guadix y Baza (1482-1571)*. Tesis doctoral. Granada: Universidad. Disponible en: http://hdl.handle.net/10481/64650

Díez Jiménez, M.ª I. (2023) "Un estudio del espacio cuevero a través de la memoria en femenino", en AA. VV. *Congreso internacional de hábitat excavado y paisaje cultural.* Madrid: Dykinson, pp. 100-109.

Díez Jiménez, M.ª I. & Rey Merino, A. M.ª (2014) *Los trabajos de las mujeres accitanas (1900-1975). Enhebrando memorias.* Guadix: Ayuntamiento.

Díez Jorge, M.ª E. (2015) "La casa y las relaciones de género en el siglo XVI", en M.ª E. Díez Jorge (ed.) *Arquitectura y mujeres en la Historia.* Madrid: Síntesis, pp. 183-241.

Díez Jorge, M.ª E., ed. (2022) *Sentir la casa: emociones y cultura material en los siglos XV y XVI.* Gijón: Trea.

Díez Jorge, M.ª E. & Orihuela Uzal, A. (2023) *Abierta de par en par. La casa del siglo XVI en el reino de Granada.* Madrid: CSIC.

Fernández Adarve, G. (2017) *Los conjuntos históricos de la provincia de Granada. Delimitación, planeamiento y rehabilitación (1985-2015).* Tesis doctoral. Granada: Universidad. Disponible en: http://hdl.handle.net/10481/48441

Gallego Méndez, M.ª T. (1983) *Mujer, falange y franquismo.* Madrid: Taurus.

García Moya, M. & Calandria Hernández, J. F. (2022) "El Barrio de las Cuevas de Purullena: estudio de atributos físicos y demográficos", en AA. VV. *Congreso Internacional de hábitat excavado y paisaje cultural*. Madrid: Dykinson, pp. 152-161.

García Poyatos, M. (2022) *De tormentas y goteras*. Polonia: Amazon Fulfillment.

Garrido García, C. J. (2021) *Las cuevas de Guadix en la Edad Moderna (1489-1808): origen, crecimiento y marginalización.* Almería: Círculo Rojo.

González Alcalá, M.ª J. (2022) "La visibilidad jurídica de las cuevas. De una infravivienda a una vivienda protegida y protegible", en AA. VV. *Congreso internacional de hábitat excavado y paisaje cultural*. Madrid: Dykinson, pp. 203-209.

González Alcantud, J. A. (2008) "Paysans, cavernes et réprésentations: a propos de la maison troglodyte de Guadix (Province de Grenada)", en J. R. Trochet (dir.) *Maisons paysannes en Europe occidentale (XV-XXI^{e} siècles).* París: Presses Paris-Sorbonne.

Hernández Pezzi, C. (2015) "Los cambios de las relaciones de género en la vivienda y la ciudad: 1950-2020", en M.ª E. Díez Jorge (ed.) *Arquitectura y mujeres en la Historia.* Madrid: Síntesis, pp. 389-434.

Hielscher, K. (2007) *La España desconocida*. Granada: Edilux.

Mateos Redondo, M. J. (2022) "Plan Social Baza. Primera experiencia de desarrollo social y comunitario en una Barriada de Cuevas", en AA. VV. *Congreso internacional de hábitat excavado y paisaje cultural*. Madrid: Dykinson, pp. 291-300.

Muñoz Ruiz, M. C. (2002) *Mujer mítica, mujeres reales: las revistas femeninas en España (1955-1970).* Tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense.

Ortega López, T. M. & Cabana Iglesia, A. (2021) *"Haberlas, haylas". Campesinas en la historia de España del siglo XX.* Madrid: Marcial Pons Historia.

Peralta Ortiz, M.ª D. (2003) *Las escuelas de Pedro Poveda en las cuevas de Guadix.* Guadix: Instituto de Estudios Pedro Suárez.

Rosón, M. & Medina Domenech, R. (2017) "Resistencias emocionales. Espacios y presencias de lo íntimo en el archivo histórico", *Arenal. Revista de historia de las mujeres*,14(2), pp. 407-439.

Sánchez Martínez, F. J. (2016) *Diagnóstico de infraestructuras del barrio de viviendas cuevas de Purullena*. Granada: Diputación.

Scott, J. W. (1986) "Gender: A useful Category of Historical Analysis", *The American Historical Review*, 91(5), pp. 1053–1075.

Scott, J. W. (1990) "El género: una categoría útil para el análisis social", en J. S. Amelang & M. Nash (eds.) *Historia y género. Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea.* Valencia: Institució Alfons el Magnànim.

Urdiales Viedma, M.ª E. (1987) *Cuevas de Andalucía. Evolución, situación y análisis demográfico en la provincia de Granada.* Sevilla: Consejería de Fomento y Vivienda de la Junta de Andalucía.